

BODAS DE CANÁ - ¿QUIÉN NOS MOSTRARÁ EL BIEN?

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

Texto extraído del **Tratado del Amor de Dios** (Libro Primero, Cap. XVIII) de San Francisco de Sales, en el que el Santo nos invita a reflexionar sobre **QUE LA INCLINACIÓN NATURAL QUE TENEMOS A AMAR A DIOS NO ES INÚTIL.**

Pero, si no podemos amar naturalmente a Dios sobre todas las cosas, ¿por qué entonces tenemos esta natural inclinación a ello? ¿No es una cosa vana el que la naturaleza nos incline a un amor que la naturaleza no nos puede dar? ¿Por qué nos da la sed de un agua tan preciosa, si no puede darnos a beber de ella? ¡Ah, Teótimo!, ¡qué bueno ha sido Dios para con nosotros!

Ciertamente, nuestra traición al ofenderle merecía que nos privase de todas las señales de su benevolencia y del favor de que había usado con nuestra naturaleza, al imprimir precisamente en nuestra naturaleza la luz de su divino rostro y al comunicar a nuestros corazones el gozo de sentirse inclinados al amor de la divina bondad, para que los ángeles, al ver a este miserable hombre, tuviesen ocasión de decir: ¿Es ésta la criatura de perfecta belleza, el honor de toda la tierra?

Pero esta infinita mansedumbre nunca supo ser tan rigurosa con la obra de sus manos. Vio que estábamos rodeados de carne, que es como un viento que se disipa, un soplo que sale y no vuelve. Por esta causa, gracias a las entrañas de su misericordia, no quiso arruinarnos del todo ni quitarnos la señal de su gracia perdida, para que mirándole y sintiendo en nosotros esta inclinación a amarle, nos esforzásemos en hacerlo, y para que nadie pudiese decir con razón: *¿Quién nos mostrará el bien?* Porque, aunque solo por inclinación natural no podamos llegar a la dicha de amar a Dios de la forma que corresponde, con todo, si aprovechamos fielmente esta inclinación natural, la dulzura de la divina bondad nos dará algún socorro, gracias al cual podremos seguir avanzando. Y, si seguimos esta inclinación, este primer auxilio, la bondad paternal de Dios nos favorecerá con otro mayor y nos conducirá de bien en mejor, con toda suavidad, hasta el soberano amor, al que nuestra inclinación natural nos empuja. Porque es cosa cierta que al que es fiel en lo poco y hace lo que está en su mano, la divina bondad jamás le niega su asistencia para que avance más y más.

Por lo tanto, la inclinación que naturalmente poseemos de amar a Dios sobre todas las cosas, no permanece en balde en nuestros corazones, pues Dios se sirve de ella como de un asa, para cogernos mejor y atraernos. Es como si por este medio, la divina bondad tuviera de alguna manera prendidos nuestros corazones, como pajarillos, con una cuerda para tirar de ella, cuando le plazca a su misericordia apiadarse de nosotros. Y en lo que respecta a nosotros, esa inclinación es como un signo y el memorial de nuestro primer principio y Creador, a cuyo amor nos anima, advirtiéndonos secretamente que pertenecemos a su divina bondad. Es lo que

ocurre a los ciervos, a los cuales los grandes personajes mandan poner collares con sus escudos de armas, y después los sueltan y dejan libres por los bosques.

Quienquiera que los encuentre no deja de reconocer, no sólo que fueron cazados una vez por el príncipe, cuyas armas llevan, sino que se los reservó para sí. De esta manera, según cuentan algunos historiadores, se pudo conocer la extrema vejez de un ciervo, que, trescientos años después de la muerte de César, fue encontrado con un collar con la divisa de éste y esta inscripción: “César me ha soltado”.

Ciertamente, la noble tendencia que Dios ha infundido en nuestras almas, da a conocer a nuestros amigos y a nuestros enemigos, no sólo que hemos sido de nuestro Creador, sino, además, que, si bien nos ha soltado y dejado a merced de nuestro libre albedrío, sin embargo le pertenecemos y se ha reservado el derecho de atraernos de nuevo para sí, para salvarnos, por su santa y tierna providencia. Por esta causa, el gran profeta real no solo llama luz¹ a esta inclinación, porque nos hace ver hacia donde debemos tender, sino también gozo y alegría, porque nos consuela en nuestros extravíos, infundiéndonos la esperanza de que, Aquel que ha impreso y ha dejado en nosotros esta hermosa marca de nuestro origen, pretende todavía y desea volvernos y reducirnos a sí, si somos tan dichosos que nos dejamos recuperar por su divina bondad.

†

Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios

¡Ave María y adelante!

¹ Salmo 4, 7